

pero habia á mas dos casas grandes de piedra, que eran de uso comun, para recogerse en ellas de noche, en una todas las mujeres y niños y en la otra todos los guerreros del pueblo, preparados con sus armas, para evitar una sorpresa de sus muchos y encarnizados enemigos.

Cultivaban el maíz y frijol de que tenian abundantes cosechas por la feracidad de las tierras: estas semillas, las frutas silvestres y los animales que cazaban, eran sus medios de alimentarse: del jugo de la tuna y del maguey algunas veces tambien con maíz preparaban bebidas embriagantes que eran de uso comun en todos los pueblos y sin distincion de personas, particularmente en las juntas que tenian para ponerse en guerra con otra tribu y el dia que salian á la campaña para alcanzar mayor brío. Su arma defensiva, era un escudo de cuero de Caiman: la ofensiva era la flecha, cuyos dardos untaban con yerbas venenosas, para que su herida fuese mas grave y casi sin remedio: tambien usaban la macana y las picas de palo de brasil; y para salir á la guerra se pintaban el rostro y se adornaban la cabeza con vistosos penachos de plumas de Guacamaya. Para decidir una campaña que eran frecuentes, se reunia el pueblo en una asamblea general y nocturna; y estando todos en torno de una hoguera, alguno de los ancianos ó que disfrutaban de mayor autoridad, tomaba la palabra y con discursos que no carecian de elocuencia, encendian en el corazon del auditorio el fuego del odio y la venganza contra sus enemigos. Todos aplaudian y correspondiendo con feroces gritos, concluian por perder completamente su razon á causa de sus licores embriagantes que en aquella vez eran excesivos.

Al volver de su expedicion, tenian su baile tan celebrado entre ellos, como repugnante por su carácter de barbarie: plantaban en el suelo una pica, en la cual po-

nian las cabezas, piernas ó brazos que habian quitado á los contrarios; y al derredor de aquellos sangrientos despojos, bailaban al monótono sonido de sus tambores, cantando las proezas de sus guerreros y prodigando afrentas á sus enemigos. En este baile tomaban parte los niños y las mugeres; pero no se permitia beber licor sino á los varones.

A estas regiones bárbaras, despues de la entrada de Vazquez Coronado, hizo otra Francisco Ibarra: pasando la sierra de Topia con dos religiosos franciscanos y en las riberas del rio Zuaqui cerca de las costa, fabricó la villa de San Juan Bautista de Carapoa. Este gefe se habia internado mucho en la Sonora, tratando con afabilidad y mansedumbre á los naturales; pero teniendo que volver á Chiametla con precision, se sublevaron los habitantes de los rios Ocaroiri y Zuaqui, dando muerte á los españoles de Carampoá y á los padres que acompañaban la expedicion. Despues se hizo otra entrada por D. Pedro Montoya, que fiaba en su valor y la práctica en esta clase de campañas; pero él murió á manos de los mismos Zuaques y los restos de su acompañamiento volvieron á refugiarse en Culiacan.

Quando el gobernador de la N. Vizcaya D. Hernando Bazan supo estos desastres, él mismo penetró por las posesiones de estas belicosas tribus para poblar la villa de S. Felipe de Caripoa fundada por Montoya: cada dia tenian sus soldados que sostener un combate, con los muchos pueblos que denodadamente defendian sus tierras, las cuales eran taladas y quemadas sus casas: así pasó hasta el rio Mayo, donde los naturales los recibieron de paz; pero él por dejar castigadas las sublevaciones anteriores, á pesar de aquel pacífico recibimiento, los redujo á todos á esclavitud, con lo cual se exasperó el furor de aquellos pueblos, y despues de grandes sudores para atraerlos á una

vida civilizada, aun permanecen despues de tres siglos en la vida bárbara y errante, á que los empujó la crueldad y la codicia de Castilla. Los indígenas seguian pues haciendo sus esfuerzos por librarse de una visita tan importuna, y los españoles, aunque hacian algunas entradas con bastante riesgo, en busca de los ricos minerales de que se les decia estaba lleno aquel indómito suelo, volvian sin fruto á su villa de Caripoa, que no pocas veces tenian que abandonar y buscar asilo en San Miguel de Culiacan.

En esta continua lucha estaba la provincia de Sinaloa, cuando llegaron á la ciudad de Durango de donde era gobernador D. Rodrigo Rio y Loza, los religiosos jesuitas Gonzalo Tapia y Martin Perez, que solicitados por él mismo se debian ocupar del mucho trabajo que se presentaba en todo el territorio de la N. Vizcaya; pero conociendo que aun serian mas necesarios los trabajos de aquellos operarios, en los indomables pueblos de los sinaloas, les propuso á los padres el cambio de campo para trabajar; y ellos gustosos admitieron, porque al verdadero obrero de la civilizacion, no le arredra la aridez del campo, ni el obstáculo de sus malezas, ni la idea de las graves penalidades que sean necesarias para volver fructífero aquel terreno ingrato: su abnegacion le hace consagrar toda la fuerza de su voluntad; y confiado espera, que el Señor que da incremento á las cosas, les volverá en sazonado fruto el céntuplo de su semilla. Los varones de Dios, sin obstáculo admitieron aquel penoso trabajo y puestos en camino, pronto llegaron á Culiacán, desde donde empezaron á depositar en los corazones el grano de su predicacion. De allí pasaron adelante y en el palmar de Mocerito como primicias que la gentilidad pagaba á su celo, tuvieron un crecido número de niños que bautizar: pasaron á Orobatu y en una antigua iglesia de ramas y paja, que se conservaba, dieron principio á su

instruccion, haciendo antes saber á los indígenas, que ellos no buscaban el oro ni la plata, ni penetraban en sus hogares para esclavizarlos con sus hijos y mujeres, pues iban desarmados y sin mas fin que ilustrar sus almas, con los reflejos de la religion, que enseñaba quién era el Dios verdadero y el modo de servirlo, para recibir como recompensa, la felicidad suprema que no puede alcanzarse en este mundo. Todo esto era dicho con sencillez para acomodarse á la rusticidad del auditorio; pero con aquella uncion é irresistible fuerza con que la divina gracia caracteriza siempre la palabra de los que evangelizan; y los terribles guerreros que no temian el fuego del mosquito ni el acerado filo de los sables, no pudieron resistir esta prueba de amor y generoso desinterés, al cual se rindieron con una docilidad infantil, pidiendo de rodillas las aguas del bautismo para pertenecer á la sociedad universal que nacida al pié de la Cruz, forma un solo corazón de todos sus miembros, concediendo iguales derechos al rico y al pobre, al ignorante y al sábio, al monarca que al vasallo, al poderoso y al desvalido, y que no conociendo acepcion de personas, forma verdaderamente la gran asociacion de la verdadera libertad, igualdad y fraternidad, que no han podido conseguir los declamadores de vanas palabras y de utopias irrealizables.

Los dos padres, se dividieron el trabajo de aquella estensa mies, que cultivaban llenos de gozo, pareciendo insensibles á la hambre, la sed, las vigiliass, la soledad, las penosas fatigas para recorrer aquellas ásperas soledades y cuantos peligros podian imaginarse en las remotas regiones que poblaban aquellas tribus gentiles acostumbradas á satisfacer los instintos de sus bárbaros corazones; y aquella misma santa alegría para superar tantas penalidades, era la arma poderosa para vencer y atraer al seno de la gran familia católica, á los incultos pueblos. Ellos

admirados de la dulzura y desprendimiento de los padres; decian: estos hombres son como los *Yoris*, españoles, en el color; pero no traen armas de fuego, ni dan gritos para pedir lo que necesitan, ni buscan minas ni riquezas, ni tratan de esclavizar á nuestros hijos y mujeres, solo hablan de *Virigeva*, (así nombraban á Dios) es pues seguro, que serán sus hijos. Y con esta persuacion que se difundia de una en otra familia y de pueblo en pueblo, en grandes grupos seguian á los padres, para instruirse en la doctrina que enseñaban.

A costa de un trabajo inmenso y sin tregua, los soldados de la cruz, recogian el fruto en proporcion del celo con que sembraban; y cuando el P. Tapia vió que todos aquellos pueblos podian ya formar una sociedad regularizada, partió á México, donde consiguió del virey, D. Luis Velasco, los auxilios necesarios de ornamentos y campanas para la fundacion de templos en las misiones, instrumentos para fomentar las artes, y recursos pecuniarios para atender á la subsistencia de los padres. Contento el padre con estas mercedes y con el auxilio de otros dos compañeros que le habian mandado de su casa matriz en México, se volvió á sus tareas, que continuaban con bastante fruto: se llegaron á fundar como sesenta templos que aunque pequeños y pobres, ostentaban el ornamento lucido de las virtudes en que iba floreciendo la nueva cristiandad. En todos los pueblos se oia á mañana y tarde cantar la alabanza del Señor y recitar la doctrina cristiana: el santo sacrificio se ofrecia diariamente con la presencia de muchos naturales: estos con gusto venian á pedir el bautismo y los que ya pertenecian á la Iglesia, la penitencia y comunión: muchos que habian pasado la vida arrastrados por el torbellino de sus sentimientos carnales, sin hallar nunca cumplida satisfaccion á ellos, recibian el sacramento del matrimonio, en que con

gran edificacion vivian guardando fidelidad: se iban acostumbrando al ejercicio de las artes; y habian depuesto de tal manera su antigua ferocidad, que vivian reconciliados aun los pueblos que antes se veian con ódio profundo é inveterado. Tal era el aspecto que presentaba aquel campo regado con las lágrimas y el sudor de los trabajadores evangélicos, pero como si las manchas que la iniquidad del hombre, no pudieran lavarse sino con la sangre del hombre, aun esto faltaba en aquella tierra en que tan abundante habia sido ya el fruto cosechado con la laboriosidad de los padres; y la víctima que eligió el Señor, fué el mismo apostólico varon que habia derramado sobre aquellos pueblos, torrentes de caridad y de virtud, para vencer el ódio y las antiguas abominaciones de sus moradores.

Habia un indio llamado *Nacabeba* en el pueblo de Tororapa, cercano á la villa de San Felipe de Carapoa, que aunque convertido á la fé de Jesucristo; aun no se desnudaba de las viciosas costumbres con que lo nutrió el paganismo: rara vez asistia con el pueblo á la misa y demas ejercicios que tenian lugar en el templo, y á las numerosas reconvencciones del padre Gonzalo de Tapia se sentia herido en lo mas vivo de sus afecciones desarregladas, hasta concebir el criminal designio de acabar con la vida del benefactor de su nacion. Empezó á renovar en su casa, las nocturnas asambleas que usaban entre ellos siendo gentiles, donde en el calor del vino concertaban el modo de saciar su encono: los invitados para ejecutar su abominable proyecto, no quisieron manchar sus manos con la sangre inocente de un justo; y entonces se resolvió á quitarse la máscara, realizando él mismo su injusta venganza, ayudado solo de los de su familia. Habiendo llegado al pueblo el padre Tapia, de sus continuas expediciones, esperó *Nacabeba* que en la noche estuviera solo, para cebar su furor en aquella víctima inocente, que se ocupaba de

orar por todas las almas que apacentaba con el pasto espiritual; y haciendolo sucumbir á los golpes de su macana, y robando de la iglesia los sagrados ornamentos, huyó con sus compañeros á los montes, para dar rienda suelta á los impulsos de su corazon.

Este escandaloso atentado, puso en alarma á muchos pueblos, que aunque inocentes, temieron ser envueltos en la venganza de los españoles y se volvió á ver la provincia en la misma actitud hostil que tenia antes de la llegada del padre Tapia; pero el fin de este varon santo, no intimidó á sus compañeros, que antes lo tuvieron como una gloriosa corona conforme con su vida llena de caridad: y otros muchos compañeros, corrieron presurosos á soportar las mismas fatigas, con el deseo de alcanzar la misma inmarcesible palma signo cierto de sus victorias. Los padres Santaren y Mendez fueron á ocupar el lugar que el padre Tapia dejaba vacante en las filas del pequeño escuadron de milicianos evangélicos, que con tan heroica abnegacion plantaban el estandarte de la cruz en las salvajes y extensas regiones de Sinaloa.

Con algunos esfuerzos se fué restableciendo la calma: y los que huian fugitivos por el temor de las armas, se fueron restituyendo á sus hogares que habian sido abandonados, despues de convertirlos en teatro de sangrientas escenas. Entonces fué cuando se conocieron los efectos que habia causado en toda la provincia la muerte del padre Tapia y la desolacion en que quedaron los espiritus, por el huracan que causó la dispersion de sus ovejas: volvian á sus pueblos cantando en coro la doctrina cristiana, pero en su canto lúgubre y la tristeza de sus semblantes, indicaban bastante la amargura que les causó el separarse de los caminos de la gracia.

Viendo el virey Velasco, como se adelantaba la dominacion del rey de España, mejor por los medios suaves y pa-

oíficos de civilizar á los indígenas con la eficacia de la predicacion del Evangelio, que con el estrago de las armas: y conservándose aún viva en la capital, la memoria de las fabulosas riquezas del reino de Quivira, á que se dió despues el nombre de Nuevo México, se dispuso fundar allá una colonia, cuyo encargo se le dió á Juan de Oñate, pariente de los conquistadores de Jalisco y Zacatecas; pero cuando se arreglaba esta partida, llegó la orden del rey para que Velasco pasara al gobierno del vireinato del Perú; y para sustituirlo en México, se nombre á D. Gaspar Zúñiga y Acevedo, conde de Monterey, que entró solemnemente á la capital, la tarde de 5 de Noviembre de 1595. (1)

CAPITULO VIII.

Progresos de las instituciones monásticas: adelantos de los naturales en la religion:

Tal vez parecerá ridículo á ciertos espiritus, que á título de fuerza desdeñan todo lo que tiene un íntimo contacto con la religion, lo que va á formar la materia del presente capítulo; pero el que se ocupa de algunos trabajos históricos, se constituye en juez de las sociedades que le han precedido, y teniendo que desempeñar al mismo tiempo, los cargos de relator de los acontecimientos que va á juzgar y de patrono de la sociedad que produjo tales hechos, no puede sin comprometer su rectitud, sin atropellar la justicia y sin defraudar á la verdad histórica, omitir la narracion fiel de los hechos que vienen á ser

1 Torquemada part. 1.ª lib. 5 cap. 25, 26 y 27 pat. 3.ª lib. 19 cap. 16. Cabo lib. 5.ª hasta el núm. 28. Alegre tomo. 1.ª lib. 3.ª